

## CAPITULO XVI.

## Los primeros soldados de la Cruz.

No era solamente para permanecer inmóvil para lo que la cruz habia sido plantada sobre el Calvario; ella debia ademas marchar á la conquista del mundo. ¿Cuáles son los nobles é intrépidos soldados que combatieron por ella, y que no vacilaron en el intento de someterle todas las naciones? El Evangelio va á hacérselos conocer, refiriendo su eleccion con una indiferente sencillez, no menos desconcertante para las ideas humanas, que lo es la fragilidad de los objetos elegidos comparada con la grandeza admirable del designio á cuyo complemento están destinados.

Jesús marchando á lo largo del mar de Galilea, vió á dos hermanos, Simón y Andrés, que echaban sus redes en el mar porque eran pescadores, y Él les dijo: "Seguidme, y yo os haré pescadores de hombres."—Yendo mas adelante vió en otra barca otros dos hermanos, Santiago y Juan, con el Zebedeo su padre, que remendaban sus redes, y les llamó. Y ellos, dejando al punto sus redes y á su padre, se pusieron á seguirlo.—Cuando Él pasaba vió á Mateo, hijo de Alfeo, sentado en el despacho de los impuestos, y le dijo. "Sígueme," y Mateo se levantó y le siguió.—Teniendo Jesús el designio de ir á Galilea, encontró á Felipe, y le dijo tambien: "Sígueme." En seguida subió á una alta montaña, y llamó á los que quiso, y ellos vinieron á Él. Así es como escogió doce para estar con Él, y enviarles á predicar. Ahora, hé aquí los nombres de los doce apóstoles: el primero, Simón, que es llamado Pedro, y Andrés su hermano; Santiago y

Juan su hermano; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo el publicano; Santiago, hijo de Alfeo, y Tadeo, Simón el cananeo y Judas el Iscariote."

Habiéndolos reunido Jesús, les dió el poder de arrojar los espíritus impuros, y de curar toda suerte de dolencias y de enfermedades. Él les envió á predicar, despues de haberles dado las instrucciones siguientes: "Id adonde están las ovejas perdidas de la casa de Israel; y por donde quiera que vayais predicadles diciendo: *El reino del cielo está próximo*. Volved la salud á los enfermos, resucitad á los muertos, curad á los leprosos, lanzad á los demonios. Vosotros habeis recibido gratuitamente; dad, pues, gratuitamente. No tengais oro, ni plata, ni moneda alguna en el bolsillo, ni saco para el viaje, ni dos vestidos, ni zapatos, ni báculos; porque el obrero merece que se le alimente. En la ciudad ó aldea que entrareis, informaos si hay en ella algun hombre de bien, y permaneced en su casa hasta que os vayais. Si no se quiere recibirnos, ni escuchar vuestras palabras, salid de esta ciudad ó de esta casa sacudiendo el polvo de vuestro calzado. Yo os digo en verdad que Sodoma y Gomorra serán tratadas en el dia del juicio con menos rigor que aquella ciudad.—Guardaos de los hombres, porque ellos os entregarán á los tribunales, y os azotarán en la sinagoga. *Por mi nombre* ante sus gobernadores y sus reyes, para rendirme testimonio ante ellos y ante los gentiles: pero cuando se os haga comparecer no tengais cuidado, ni de la manera en que hablareis ni de lo que tuviéreis que decir, porque lo que dijéreis os será dado á la hora misma, puesto que no sois vosotros los que hablais, sino el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros.—Os aborrecerá todo el mundo á causa de mi nombre; pero el que perseverare hasta el fin será salvado. No les temais. Decid á la claridad del dia lo que yo os digo en las tinieblas. No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; pero temed sobre todo á Aquel que puede perder en el infierno al

alma y al cuerpo. El que os reciba me recibe á mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado."

Ellos partieron, pues, y fueron de pueblo en pueblo anunciando el Evangelio, y curando por todas partes á los enfermos.

Tales son los hombres que Jesucristo asocia á su mision divina: tal es el ánimo que les infunde y las instrucciones que les dá: hé ahí los instrumentos y los medios de que pretende servirse para subyugar y regenerar la tierra. Jamas se vió bajo del cielo proyecto igual ni combinacion semejante. Despues de la narracion evangélica que acabamos de hacer, no hay mas que dos opiniones posibles sobre Jesucristo: ó es un insensato, ó es un Dios.

Algun tiempo despues, viendo el Señor que la cosecha era abundante y los obreros poco numerosos, escogió todavía otros setenta y dos discípulos, que envió delante de Él de dos en dos, á todas las ciudades y lugares donde debia ir Él mismo. Hízoles las mismas recomendaciones y las mismas promesas que á los apóstoles, y como estos, partieron á anunciar la Buena Nueva.

Muy pronto se les vió volver llenos de alegría. "Señor, le dijeron ellos, los demonios mismos nos están sometidos por vuestro nombre." Él les respondió: "Yo veia á Satanás caer del cielo como un relámpago. Hé ahí por qué os he dado el poder de marchar sobre las serpientes y sobre los escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os ha dañado. Sin embargo, no os regocijeis de que los espíritus impuros os estén sometidos; pero sí regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos."

En ese mismo momento Él se estremecía de gozo por un movimiento del Espíritu Santo, y dijo: "Yo os bendigo, Padre mio, Señor del cielo y de la tierra, de que estas cosas que habeis ocultado á los sabios y á los doctos, las hayais revelado á los humildes y á los pequeños. Sí, Padre mio, porque á vos os ha agradado que fuese así." Despues, volvién-

dose á los discípulos, añadió: "Dichosos los ojos que ven lo que vosotros habeis visto!"

Con todo, estos setenta y dos discípulos no se confunden nunca con los doce apóstoles; y si Jesucristo los envía delante de Él para preparar á las poblaciones á recibirle, anunciándoles que los tiempos predichos por los profetas para la venida del Mesías habian llegado, no se les destinó por eso á ser los gefes del nuevo reino que iba á ser inaugurado. Así tambien en toda la continuacion de la historia evangélica, son siempre los apóstoles los que se agrupan en torno de Jesucristo; los que viven con Él, los que forman su acompañamiento, y son, como si dijéramos, su familia adoptiva. A ellos es á quienes reserva sus mas tiernos cuidados, sus comunicaciones mas íntimas. Para formar su espíritu los admite á un comercio familiar, y sin disgustarse de su rusticidad y de su ignorancia; soporta sus vacilaciones, su incredulidad, sus defecciones; escucha sus preguntas importunas y comunmente ridículas: Él los encamina, les repite en particular sus lecciones y la esplicacion de sus parábolas; les estimula, les reprende, les revela los mas altos misterios, los hace testigos de los mas grandes prodigios, y se ocupa en fin, sin descansar un momento, en inspirarles el nuevo espíritu de que deben estar animados.

Sigámosle en esta primera elaboracion de sus designios, en este trabajo elemental de la regeneracion humana, porque nada es mas interesante que ver á la Inteligencia soberana descender de su altura para alumbrar hasta las mas humildes inteligencias; nada mas tierno que verla conversar familiarmente con ellas, acomodarse á su debilidad.

Al regreso de su primera mision, los apóstoles se apresuraron en dar cuenta á su Maestro de lo que habian hecho. Él los lleva entonces consigo para darles nuevas instrucciones, y retirándose al desierto, obra ante sus ojos el gran milagro de la multiplicacion de los panes.

Los fariseos y los saduceos habian venido hácia Él para

tentarle: Jesucristo aprovechó esta circunstancia, y la transformó en lección. “Estadme atentos, dijo á sus apóstoles, y guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos.”—Todo el candor de estos espíritus incultos se refleja en su reflexion sobre esta metáfora del Salvador. “Nosotros hemos olvidado tomar pan,” se dicen ellos entre sí.—“¡Hombres de poca fé! replica dulcemente el Verbo encarnado, ¿de qué proviene que digais entre vosotros que no tengais pan? ¿Estais aún sin inteligencia? ¿No os acordais del milagro que se acaba de obrar ante vosotros? ¿Y cómo no habeis comprendido que no se trataba de pan cuando yo os he dicho: Absteneos de la levadura de los fariseos y de los saduceos?”

Habiendo salido de la casa donde se hallaba, Jesus se sentó á la orilla del mar; y como una gran multitud de pueblo se hallaba reunida en derredor de Él, les dijo muchas cosas por medio de parábolas. Los apóstoles se acercaron curiosamente, y le preguntaron: “¿De qué proviene que les hablais en parábolas?” El Buen Maestro acoge con agrado esta curiosidad, que podia parecer indiscreta, y en una benévola respuesta les hace conocer cuánta es la grandeza del privilegio de que Dios los ha prevenido. “A vosotros, les dijo, os ha sido dado conocer los misterios del reino del cielo, pero á ellos no les ha sido dado conocerlos. En verdad os digo que muchos profetas y justos han deseado ver lo que vosotros veis, y ellos no han visto; y oír lo que vosotros oís y ellos no han oído.”

En seguida les esplica minuciosamente sus parábolas, y como para asegurarse de que no queda ninguna duda en su espíritu, añade: “¿Habeis comprendido bien todas estas cosas?”—“Sí,” respondieron ellos.

Al mismo tiempo que formaba su inteligencia, Jesucristo ponía en ejercicio su fé. Habiendo entrado con ellos en una barca, se durmió profundamente: pero durante su sueño se levanta una tempestad tan recia, que las olas cubrian la bar-

ca: entonces los apóstoles espantados se acercaron á Él, y le despertaron, diciendo: “¡Señor, sálvanos, vamos á perecer!” Y el Señor despertó dulcemente, y les dijo: “¿Por qué temeis, hombres de poca fé?” Al mismo tiempo se puso en pié, y mandó á los vientos y á las olas sosegar, y luego sobrevino una gran calma.

Frecuentemente se oyeron reprochar los apóstoles su falta de fé. En vano estos hombres se hallaban instruidos en los secretos divinos; en vano marchaban continuamente en medio de los prodigios; la fé no podia hallar entrada en su corazon.

Un dia Jesus se indignó, porque esta ausencia de la fé les habia impedido obrar un acto de milagrosa beneficencia. Un hombre vino á arrojarle á sus plantas diciendo: “Señor, tened piedad de mi hijo, es lunático, y sufre mucho, porque frecuentemente cae en el fuego ó en el agua. Yo le he presentado á vuestros discípulos, y no han podido curarle.”—“¡Oh raza incrédula y perversa! exclamó Jesus, ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿hasta cuándo tendré que sufiros? Conducídmeme aquí.” Y curó al niño.

Los apóstoles, conociendo bien la bondad de su Maestro, á quien no temian, cuando estuvieron á solas le preguntaron confidencialmente: “¿Por qué no hemos podido lanzar ese demonio?”—“Porque no habeis tenido fé, les dijo otra vez; además, á ese demonio no se le lanza sino con la oracion y el ayuno.”

Habiendo, en fin, comprendido que era para ellos un insigne honor estar asociados á tal Maestro, el orgullo vino á introducirse en ellos y á preocuparlos con los sentimientos de vanidad, de ambicion y de poder. “¿De qué hablabais en el camino?” les preguntó Jesus. Ellos no se atrevían á responderle, dice el Evangelista, porque el asunto de su plática en el camino habia sido sobre cuál de ellos vendria á ser el mas grande.

Entonces el Señor se sentó, llamó á los doce, y les habló

así: "Si alguno quiere ser el primero, debe ser el último y el servidor de todos."

Henchidos de presuncion, á causa del gran poder que les habia sido concedido, no sufrían que se les resistiese. Habiendo rehusado un lugar de Samaria recibir á Jesucristo, Santiago y Juan, sus discípulos, le dijeron: "¿Quereis, Señor, que mandemos que el fuego del cielo baje y los consuma?" Pero Él, volviéndose á ellos les replicó diciendo: "Vosotros no sabeis cuál es el espíritu con que habeis sido llamados. El Hijo del Hombre no ha venido para perder á los hombres sino para salvarlos."

Ved ahí venir una madre ambiciosa, con sus hijos no menos ambiciosos que ella: es tambien la madre de los hijos del Zebedeo, de aquellos mismos que habian querido armarse del fuego del cielo. Imaginándose que Jesus va á fundar un reino al modo de los reinos de la tierra, se acerca á Él, le adora, y deja entrever que tiene una gracia que pedir. "¿Qué deseais?" le dijo Él. "Ordenad, respondió la mujer, que mis dos hijos, que son esos, estén sentados en vuestro reino el uno á vuestra derecha y el otro á vuestra izquierda." Cuál debió ser la admiracion de esta mujer al oír salir estas palabras de los labios de Jesus: "Vos no sabeis lo que pedís. ¿Podeis beber vosotros el cáliz que yo beberé?" Ellos respondieron: "Podemos." En efecto, replicó Él, vosotros beberéis mi cáliz; pero el estar sentados á mi derecha ó á mi izquierda, no está en mí el concedérselo: será para aquellos para quienes mi Padre lo haya preparado." Habiendo oido esto los otros diez, se sintieron indignados contra los dos hermanos.

Habia uno, sin embargo, entre los apóstoles á quien estaban reservadas prerogativas especiales.

Un dia, estando Jesus orando con ellos, sintió que habia llegado la hora de poner la primera piedra del inmenso edificio que se proponia levantar; y como para esto quisiese tener una revelacion pública de la solidez y la firmeza de su

fé; Él les dirigió estas preguntas: "¿Quién se dice que es el Hijo del Hombre?" Ellos respondieron: Unos dicen que es Juan Bautista; otros Elías; otros Jeremías ó alguno de los profetas." Jesus les dijo: "¿Y vosotros quién decís que soy yo?" Simon Pedro, tomando la palabra, respondió al punto: "¡Vos sois Cristo, el Hijo de Dios vivo!" Al momento la eleccion de Jesus se fijó para siempre. Pedro, á quien Él llamó primero, quedó el primero; y de antemano recompensó el ardor de su fé con esta magnífica promesa: "Vos sois dichoso, Simon, hijo de Juan; porque no es la sangre ni la carne las que os lo han revelado, sino mi Padre que está en el cielo. Y yo, yo os digo que sois *Pedro*; y sobre esta *pedra* edificaré mi Iglesia, y las potencias del infierno no prevalecerán contra ella. Yo os daré tambien las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atareis en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatareis en la tierra será desatado en el cielo."

Pedro vino á ser desde entonces el objeto mas constante de la atencion y solicitud de su Maestro: á él es á quien Jesus dirige con mas frecuencia la palabra, y cuya fé pone á prueba mas particularmente; él es, en fin, á quien toma por testigo de sus divinas manifestaciones. Recordemos algunas de las circunstancias en que se muestra este favor especial.—Navegando los apóstoles en una barca en medio del mar, vieron venir hácia ellos á alguno que caminaba sobre las olas, y pensando que era una fantasma, lanzaron un grito de temor: "Tranquilizaos, les dijo Jesus, ¡soy yo!" Pedro entonces exclamó: "Señor, haced que yo vaya sobre las aguas." Jesus le dijo: "Venid." Y él fué; pero viendo que soplaba un viento muy fuerte tuvo temor; y como comenzaba á hundirse, gritó: "¡Señor, salvadme!" Al instante Jesus le tendió la mano, le asió por ella y le dijo: "Hombre de poca fé, ¿por qué has dudado?"

Algun tiempo despues, el Salvador, no teniendo á su lado mas que á Pedro, Santiago y Juan, los condujo en paraje